

(22 de febrero) hizo Arnulfo su entrada triunfal, siendo coronado emperador por el papa y jurándole la población especial obediencia. Después de esto, apresuró Arnulfo a vencer a los partidarios de Angeltrudis y de Lamberto, y a destruir el poder de los duques de Spoletto; pero apenas comenzada la empresa, enfermó gravemente y tuvo que regresar precipitadamente a Alemania. Este cambio repentino de suerte impresionó profundamente la excitable fantasía del pueblo, el cual atribuyó a maniobras criminales, y aun a envenenamiento promovido por Angeltrudis, la consunción que acometió a aquel hombre que había restablecido el honor de las armas alemanas primero combatiendo contra los normandos y luego luchando contra los romanos.

En la primavera del año 896 encontrábase ya Arnulfo en Alemania, sin haber conseguido grandes resultados, a pesar de sus brillantes hechos de armas. En primer lugar, sus fuerzas estaban completamente quebrantadas: a su regreso era un hombre enfermo, incapaz de sobrellevar el peso del gobierno. Lamberto y Berenguer se repartieron en seguida la soberanía de la Alta Italia, y Roma fué teatro de encarnizadas luchas de partido que empobrecieron y desacreditaron a la Iglesia. En Alemania, el rey, ante la creciente oposición de la nobleza laica, vióse obligado a aferrarse mas fuertemente al episcopado. Nuevos peligros amenazaban en Occidente y en Oriente; en Lorena, el rey Zwentiboldo, con su despotismo y sus violencias, se enemistaba por completo con la nobleza y minaba insensatamente la situación que tan cuidadosamente le había proporcionado su padre. La lucha sostenida contra el hombre mas poderoso del país, el ambicioso y astuto conde Reginaro, a quien Zwentiboldo había colmado de distinciones y honrado como influyente consejero, para luego arrebatárle sus bienes y desterrarle, desencadenó por fin contra él una tormenta general. Reginaro, a cuyo alrededor se agruparon todos los descontentos, se alió con Carlos el Simple, que desde la muerte de Odon ocupaba el trono franco-oriental, y preparó la anexión de la Lorena al vecino reino. En el Sudeste reanudóse la guerra con Moravia, y ya llamaba a las puertas del reino el peligroso enemigo cuyas hordas bárbaras habían salido hacia veinticinco años del Ural occidental y avanzado hasta el Danubio y el Theiss, donde solo esperaban el momento oportuno para invadir y asolar las comarcas imperiales. El porvenir inspiraba, pues, grandes temores a Arnulfo. Durante una dieta que se celebró en Ratisbona en junio del año 899, un ataque de apoplejía acabó de aniquilar sus fuerzas. Tristes decepciones le abatieron: precisamente en aquel tiempo había formulado demanda de divorcio contra su esposa Ota; ignórase si existía alguna prueba en apoyo de su pretensión, pero lo que positivamente se sabe es que la acusación fué desatendida en virtud del juramento de pureza que setenta y dos nobles prestaron en favor de la acusada. Este hecho extraordinario solo puede compararse con lo que en otro tiempo había acontecido a la emperatriz Judith (1). Es probable que a la sazón contribuyeran también a aquel resultado determinadas consideraciones políticas que solo podían aprovechar a los planes que respecto de su sucesión abrigaba Arnulfo. En efecto, desde que con el nacimiento de su hijo Luis había desaparecido felizmente el peligro de una monarquía bastarda, el emperador, auxiliado por los obispos, había decretado que en el verano del año 894 fuera elegido rey aquel niño, que solo contaba cuatro años, y que le fuera prestado el juramento de vasallaje, y el cronista (2) añade que Arnulfo había procedido así porque no se fiaba de nadie. Continuó, pues, la oposición

(1) Véase mas arriba.

(2) *Hermani Augiensis Chron. a. 897, Mon. Germ. hist. Script. V.* Véase Dümmler, obra citada, II, pág. 456.

que la nobleza había hecho a los planes de sucesión del emperador. Arnulfo se encontraba aislado, pero era muy propio de aquella época procurar, por medio de la demanda de divorcio, el logro de un objeto que de otro modo no podía alcanzarse, y el buen éxito de aquella demanda habria puesto en duda la legitimidad de Luis, excluyéndole por completo de la sucesión al trono.

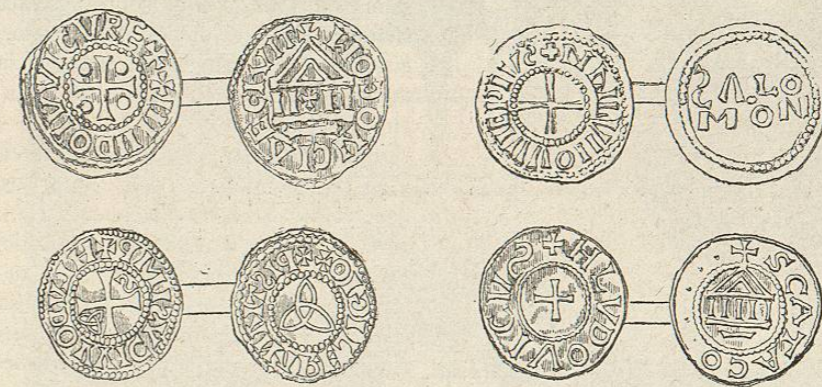
Lleno de temores, fijaba Arnulfo su mirada en el porvenir de su familia y de su imperio; y sin embargo fueron mucho peores de lo que podía temer los golpes que una y otro sufrieron al morir él en Ratisbona, a principios de diciembre del año 899. Este final desgraciado en nada disminuye el valor de aquel gobierno, que hizo época en la historia del imperio y del pueblo alemanes. Mientras la Francia occidental se vió dividida, desde el año 877, en una porción de reinos especiales apenas unidos, el enérgico carácter de Arnulfo y sus dotes militares impidieron que igual suerte tuviera la Francia oriental. Además, Arnulfo al conquistar la corona imperial había mostrado a la monarquía alemana el camino que en lo porvenir debía seguir y había puesto al Estado aleman en contacto estrecho con las tendencias universales que encerraban los gérmenes de una elevada civilización para lo futuro. La muerte de Arnulfo acaeció en un momento crítico: el reino se encontraba todavía en plena agitación a causa de los esfuerzos que hacían los obispos por llegar a ser un poder político; además, desde el exterior amenazaban graves peligros; Arnulfo habria resuelto pacíficamente la primera de estas dificultades, y luchando valerosamente habria podido hacer frente a las últimas. Su enfermedad y su muerte, acaecida en la flor de su edad, fueron funestas en extremo para el pueblo y para el imperio.

El heredero de la corona era un niño que contaba seis años, llamado a la sucesión contra la voluntad de los magnates laicos que, en otro tiempo, habían soportado el gobierno de Arnulfo, y, al revés de este, apoyado únicamente por la Iglesia y por los obispos. El gobierno del imperio estuvo, pues, en manos del clero. Así como en la elevación de Arnulfo al trono se había prescindido de la unción y de la consagración, el reinado de aquel niño fué inaugurado solemnemente, en el año 900, por la Iglesia: Luis el Niño fué el primer rey coronado que ocupó el trono aleman. En el consejo de regencia de los obispos, que era el que en realidad gobernaba, desempeñaba el principal papel Hatto, arzobispo de Maguncia, hombre sabio y poseído de celo religioso, aunque algo inclinado, por la fuerza de las circunstancias, a las cuestiones terrenales. De naturaleza vigorosa y propia para mandar, no era Hatto en realidad desinteresado, sino que pensaba en el provecho propio y en el de su diócesis de Maguncia, si bien comprendía y respetaba los derechos de los demás y era sobrado prudente para explotar exageradamente la situación en provecho de la Iglesia, con lo cual hubiera puesto en peligro la posición que ocupaba la regencia. A su lado estaba Adalberto de Augsburgo, hombre noble y desinteresado, devoto é ilustrado, que en todas las cuestiones solo atendía al bien público. El cargo de preceptor del joven rey que le había sido confiado le permitía ejercer gran influencia. Los que mayor parte tomaban en el gobierno eran los obispos de Baviera, especialmente los dos hermanos, excelentes políticos, Walter de Freising y Salomon de Constanza, educados en Saint-Gall, santuario entonces de las ciencias, por Notker, tan célebre por su profunda erudición. Los dos hermanos, dotados de excelentes cualidades pero con inclinaciones mundanas y, sobre todo, llenos de ambición de poder y de gloria, se habían iniciado desde muy jóvenes en la política, sirviendo en la cancillería de Carlos el Gordo, llegando a ser dos verdaderos hombres de Estado. Salomon procuró,

y no siempre apelando a los medios mas nobles, aumentar sus bienes terrenales, y como obispo de una de las mas ricas diócesis alemanas y abad del rico monasterio de Saint-Gall, quiso ejercer derechos de príncipe, por cuyo motivo tuvo que sostener continuas y encarnizadas luchas con la nobleza de Suabia. Por regla general, la regencia se atuvo a las tradiciones carolingias, y reanimando y restableciendo las instituciones de aquellos pasados tiempos, procuró levantar y robustecer la consideración de la Iglesia y de la monarquía. Sin embargo, la Constitución carolingia habia caído en desuso: el desarrollo del sistema de beneficios y la ampliación de las inmunidades eclesiásticas habían creado un nuevo estado de cosas, que no se avenía con las formas de la administración carolingia en aquellos puntos en que todavía subsistían. Además el hecho de encontrarse el Estado indefenso contra cualquier ataque de los enemigos extranjeros imponía a cada una de las comarcas y a cada una de las razas

el deber de mirar por sí mismas y les daba, por tanto, el derecho de gozar de mayor independencia.

Mientras en el Norte los daneses, en las fronteras turingias los sorbes y en el Sudeste los moravos conducidos por los hijos de Suatopluk, renovaban sus hostilidades, se presentó en forma de escuadrones de caballería ligera húngara, el mas terrible enemigo de todos cuantos desde los tiempos de Atila y de sus hordas habían pisado el suelo aleman. Los magyares, como ellos mismos se llamaban, ó los húngaros, como les llamaban las tribus eslavas sus afines, saliendo de las estepas del Asia, entraron en Europa asolando con el robo y el asesinato los territorios de Bulgaria y Grecia y llegando, en 892, hasta las fronteras franco-orientales. Arrojos de sus antiguas residencias de las orillas del Noroeste del mar Negro por los pechenegos, que les empujaban desde el Oeste, devastaron con sus correrías la Bulgaria, la Moravia y la Grecia. Ya durante la guerra con Arnulfo, fué sa-



Monedas de Luis IV el Niño.

Primera. — Leyenda del anverso: HHIIOIVVICV RE; en el centro hay una cruz con una bola en cada ángulo. Leyenda del reverso: MOGONCIAE CIVIT; el centro lo ocupa una iglesia. — Segunda. — Leyenda del anverso: NHLVIIOVVICV PIVS; en el centro hay una cruz. Reverso: SALOMON, en dos líneas, y en el centro, entre las letras *a*, *l* y *o*, una bolita; esta inscripción se supone ser el nombre del eclesiástico a cuyo cargo estaba la acuñación de la moneda. — Tercera. — Leyenda del anverso: HLVDOVICVS IMP; en el centro hay una cruz con la letra *s* en el ángulo superior a la derecha, y el nudo gordiano en el ángulo opuesto. Leyenda del reverso: PISTIANA RELIGIO; en el centro el nudo gordiano. — Cuarta. — Leyenda del anverso: HLVDOVICVS; en el centro hay una cruz. Leyenda del reverso: SCATA CO (*lonis*); el centro lo ocupa una iglesia.

queada en 892 la Moravia, sin que pueda afirmarse que existiera relación entre esta empresa y la de Arnulfo ni que estuviera la Hungría aliada con el rey de la Francia oriental. En el año 894, las comarcas alemanas del Danubio fueron asoladas por un ataque de aquel pueblo hasta entonces desconocido para los alemanes. Cuando los húngaros, como aliados del emperador griego Leon, atacaron al rey búlgaro Simeon, este procuró buscar para ellos un terrible enemigo en los pechenegos; así es que mientras los húngaros luchaban con adversa suerte contra los búlgaros, su territorio era conquistado por los pechenegos, que les cortaron de este modo la retirada al Asia. Los húngaros se vieron, pues, obligados a buscar nuevos territorios hácia el Oeste, y con este objeto pasaron los Carpacios, se apoderaron de las comarcas del Danubio y del Theiss, que tan ricos pastos ofrecían a la caballería, y desde allí fueron extendiendo poco a poco su soberanía por todos los territorios a los cuales dieron su nombre. Desde entonces, fueron el terror de sus vecinos: en 899 habían llegado, incendiándolo todo, hasta la Alta Italia, cuando la noticia de la muerte de Arnulfo les decidió a dirigir sus correrías contra el reino franco-oriental, cuyo gobierno estaba en manos de un niño. Cada año, las comarcas alemanas eran teatro de las crueldades de los húngaros, y aunque para oponer una fuerte resistencia se unie-

ron la Baviera y la Moravia, esta última fué conquistada. A cada nueva invasión, penetraba el temible enemigo mas adentro del indefenso reino, llegando sus correrías hasta las comarcas eslavas inmediatas. En 906 atravesaron los húngaros el territorio de los dalemizos y penetraron en la Sajonia, que hasta entonces había sido respetada; en 907 saquearon la Baviera, originándose una lucha en la cual halló la muerte el duque Leopoldo; y su hijo Arnulfo solo a costa de un crecido tributo pudo ver su país libre de una completa desolación. En 918, la Francia fué teatro de iguales escenas, y cuando un ejército imperial fué derrotado en Lech creyóse que había que desesperar de la salvación. Un indescribible terror precedía a los húngaros. Animados de una maldad repugnante, de un salvajismo bestial, de una temeridad que rayaba en locura y de una perfidia rica en inventivas, lanzábanse montados en sus veloces caballos y con la rapidez del rayo sobre comarcas hasta entonces tranquilas y las abandonaban después de haberlas convertido en verdadero páramo, y de haberlas cubierto de humeantes ruinas y mutilados cadáveres, llevándose consigo los rebaños y ultrajando a las mujeres casadas y doncellas. Cuando había quien se atrevía a librar contra ellos batalla, podía tener por seguro que lo que pudiera creer victoria resultaría, por medio de alguna perfidia húngara, sangrienta derrota. Los húngaros

lanzaban sus flechas y rara vez dejaban de dar en el blanco, aun cuando sus caballos corrieran á escape. Así causaban desde grandes distancias numerosas bajas en las filas de un enemigo preparado únicamente á luchar de cerca. Otras veces aparentaban huir, como evitando el ataque de los adversarios, pero luego tenían á estos preparada una emboscada ó les atacaban de repente por la espalda ó aprovechaban el primer momento de sorpresa para atacar en columna cerrada y aniquilar á sus contrarios.

Cuanto mas necesaria era, para resistir á tal enemigo, una enérgica organizacion militar, tanto menos podia esperarse la unidad militar y política de la regencia de los obispos. Para contrarestar las debilidades de una regencia que estaba en manos de personas desconocedoras de la guerra, las distintas tribus tuvieron que atender por sí solas á su propia defensa; de aquí nació una organizacion política especial que fácilmente podia poner en peligro la cohesion entre las



Sello real de Conrado I.

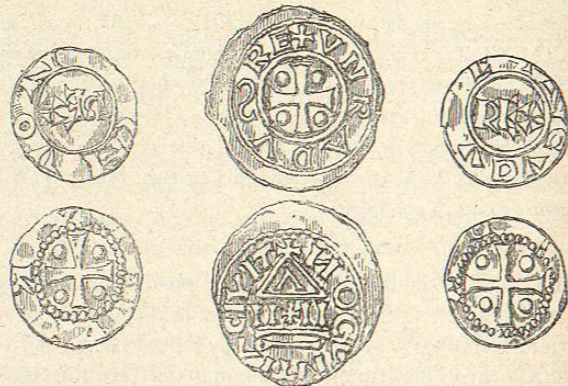
distintas partes del imperio y que debía ser decisiva para su ulterior desenvolvimiento político (1).

Así como durante las luchas de la familia carlovingia se habían formado grandes y distintos grupos de naciones, del mismo modo en el seno de estas naciones se manifestaron á la sazón cada vez mas claras las diferencias que entre las distintas tribus existían, diferencias mas marcadas todavía de lo que lo había sido el antagonismo entre alemanes y romanos. El creciente sentimiento de raza se unía entonces á los constantes esfuerzos para conseguir la formación de grandes poderes territoriales; esfuerzos que había tenido que tolerar el mismo Carlomagno cuando se trataba de la seguridad de las fronteras. La importancia cada día mayor del feudalismo había favorecido esta evolución. Los representantes de los grandes poderes territoriales que se apoyaban en el territorio de una raza, adoptaron nuevamente el título de duques, porque á ellos correspondía el mando de los hombres de su raza aptos para el servicio militar. Si este movimiento llegaba hasta sus últimas consecuencias, debía conducir necesariamente al mismo estado de ruina á que había llegado la Francia occidental despues de la caída de Carlos el Gordo, infiriendo, además, graves perjuicios á la Iglesia, la cual difícilmente habría podido sostener sus inmunidades enfrente de alguno de aquellos duques. La Iglesia, que siempre había apoyado la unidad del imperio, la apoyó mas entonces porque estaban en juego sus intereses; por eso encontramos en todas partes á los obispos como principales adversarios de los ducados de raza, los cuales, por otro lado, fueron causa de luchas entre diferentes familias nobles; de suerte, que además de los peligros que desde el exterior le amenazaban, atrajo Luis el Niño sobre su reino reñidas luchas intestinas.

Esta evolución ofreció distintos caracteres segun las condiciones especiales de cada raza. En la antigua Alemania, que ya

(1) Waitz: *Historia constitucional alemana*, V, pág. 33.

había hecho oposición á Arnulfo, Burkhardo, de marqués y príncipe de los alemanes pasó, á principios del siglo X, á ser duque y sostuvo encarnizadas luchas con Salomón de Constanza hasta que fué muerto violentamente en 911. Entonces los hermanos Erchanger y Bertoldo comenzaron por convertir en ducal, á pesar de la enemistad del obispo de Constanza, la situación que tenían como condes palatinos y mensajeros de cámara. En Lorena, despues que Zwentiboldo sucumbió en su lucha contra sus rebeldes vasallos (verano del año 900), el astuto Reginaro, en su contienda con la noble familia franca de los Conradinos, conquistó el ducado y se aseguró su posesión anexionándolo al impotente reino franco-occidental. En Baviera, los marqueses, que dirigían las continuas guerras fronterizas, consiguieron gradualmente, gracias á la influencia de estas y á la alianza con la monarquía, derechos ducales. En Sajonia aconteció lo mismo, aunque sin cooperación del monarca, pues los ricos Ludolfingos tomaron la dignidad ducal, como caudillos de los sajones en sus guerras contra los eslavos y daneses, porque siempre tenían el mando del ejército. En cambio, en Francia, cuya abigarrada población carecía del sello de raza, el ducado fué causa de una sangrienta y accidentada lucha entre las ambiciosas familias de los Babenberges y de los Conradinos, hasta que, en 908, la intervención del joven rey y de la regencia episcopal dió á los últimos la victoria y llevó al cadalso á sus adversarios. La institución ducal prosperó, como era natural, en tiempo de Luis el Niño, en las comarcas fronterizas, donde tuvo á su cargo la defensa contra los ataques de los enemigos. En estas comarcas el mismo clero se vió obligado á ponerse bajo su protección, consiguiendo así los duques el derecho de nombrar los obispos en Baviera, Suabia y quizás también en Sajonia. Sin embar-



Monedas de Conrado I.

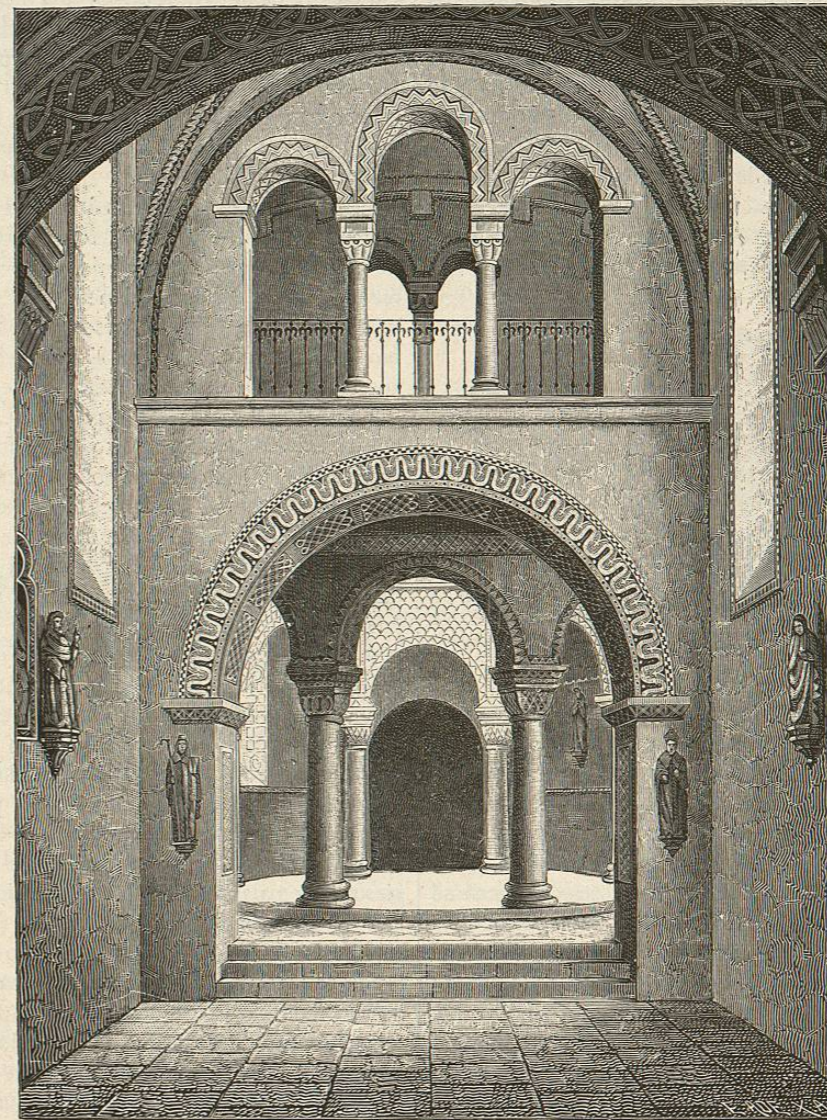
Primera.—Leyenda del anverso: CHVON.. en el centro la palabra REX con las letras colocadas de derecha á izquierda. La leyenda del reverso es ilegible; en el centro hay una cruz con una bola en cada ángulo.—Segunda.—Leyenda del anverso: VNRADVS RE; en el centro hay una cruz con una bola en cada ángulo. Leyenda del reverso: MOGVNTIA CIVIT; en el centro una iglesia.—Tercera.—Leyenda del anverso: CVNCADV; el centro lo ocupa la palabra REX. Leyenda del reverso: VIR DUNI...; en el centro una cruz con una bola en cada ángulo.

go, no puede afirmarse que ninguno de estos duques trabajara directamente por separarse del imperio: únicamente la Lorena, vacilando entre la Francia oriental y la occidental, se encontraba en una situación ambigua. Si por un momento estuvo el reino en peligro de ruina y si los ducados de raza se mostraron hostiles á la unidad del imperio y los duques fueron adversarios de la monarquía, la culpa no estuvo en ellos sino en esta. La crisis que puso en peligro la unión entre las razas del reino franco-oriental fué producida por la

política funesta de la monarquía y de su representación episcopal, y nació de haber buscado la monarquía franco-oriental, fundada por la nobleza laica, su principal apoyo en el clero. La menor edad de Luis puso por completo el gobierno del imperio en manos de los obispos, que cubiertos por la autoridad de la monarquía, por ellos representada, se pusieron frente á frente de la nobleza laica dirigida por los duques. Las reñidas contiendas entre Hatto de Maguncia y Enrique de Sajonia, entre Salomón de Constanza y Erchan-

ger de Suabia, pusieron de manifiesto la profunda tensión que destrozaba el imperio. La cuestión era saber por cuál de los dos partidos en lucha se decidiría la victoria, y si podría llegarse á una reconciliación entre ellos, uniéndolos para proceder á una acción común. Esta cuestión estaba todavía por resolver cuando falleció Luis en el verano del año 911; el último carlovingio bajó al sepulcro soltero, cuando aun no contaba diez y ocho años.

El sentimiento nacional había hecho tantos progresos que



Interior de la iglesia de San Miguel en Fulda (Alemania)

únicamente la semi-francesa Lorena rompió los flojos lazos que la tenían unida al imperio y se pasó al reino franco-occidental. Las demás razas se consideraron y procedieron como verdaderas unidades, y el mismo antagonismo entre el episcopado y la nobleza laica fué, por el momento, olvidado. Es un detalle importante que se pensara entonces en elevar al trono al duque de Sajonia, Oton el Ilustre, hombre dotado de excelentes cualidades, el cual se excusó de aceptar la corona á causa de su avanzada edad, apoyando en su lugar al duque Conrado de Franconia, á quien favorecía Hatto de Maguncia (1). Esta elección tuvo efecto á primeros de no-

viembre del año 911 en Forscheim, y fué resultado de un compromiso que contrajeron las distintas partes del imperio que estaban en lucha. Conrado debió la corona únicamente á la elección de los magnates, los cuales se fijaron en él, no por la circunstancia de ser por parte de su madre carlovingio sino porque todavía se consideraba que la raza franca era la llamada á gobernar y porque además le recomendaban sus cualidades personales. El episcopado, que al ser elevado al trono Arnulfo se mantuvo reservado y descontento, á la sazón dió su consentimiento por medio de un acto solemne á la elección llevada á cabo por la nobleza laica. En efecto, Conrado fué ungido y coronado el día 10 de noviembre. Pero andando el tiempo, no consiguió este monarca acabar con el antagonismo que entre la nobleza laica y la Iglesia, entre la

(1) Véase Dummler, obra citada, tomo II, pág. 1570. F. Stein: *Historia del rey Conrado I de Franconia y de su familia*, Nordlingen, 1872.